



## ¡Bonjour Tristesse!

Precedido de la aureola de un auténtico valor o del falso oropel de un espejismo, y de la lectura de numerosas críticas de nuestra prensa y de la alemana y suiza, llegó a nuestras manos el libro de Françoise Sagan, galardonado el pasado año, en Francia, con el «Gran prix de Critiques». Todos los comentarios que habíamos leído sobre la novela, salvado el raro genio de la joven escritora, —18 años,— eran de protesta; protesta de la sequedad de su estilo de lo ingrato de sus conceptos, de su amoralidad sin límites; y, en algunos, se acusaba el no-mensaje de la autora o, lo que es peor, de su pernicioso mensaje. Muchos de esos críticos, se olvidan de una manera absoluta del título de la obra o, a lo sumo, lo reconocen simple guardador de la única nota poética del libro. A nuestro modesto entender, el título es clave y símbolo para la comprensión de la obra. Desde luego que el contenido es escalofriante, más que por el drama que en él se describe, por la forma de exposición y por la presunta manera de vivirlo de estos dos seres, ligeros y fatalmente huecos, padre e hija verdaderos protagonistas de la novela, pues Ana, la figura central del libro sirve sólo de piedra de toque, de contrapunto para evidenciar la sinrazón de las vidas horras y frívolas. No; no es sorprendente, —como muchos han dicho—, que este libro haya sido escrito. Lo sorprendente sería que hoy algún autor nos obsequiase con un bello cuento de hadas; más que sorprendente, sería anacrónico. Admito un nuevo Julio Verne, alguien que nos hablase de la vida de los marcianos o venusinos; pero si un escritor ha de apoyarse en la realidad cotidiana, para que su obra no nos parezca una pura utopía de un más utópico mundo de su carcaj ha de ser el mismo suelo donde pisa.

¡«Bonjour tristesse»! Sí, triste es el espectáculo que ofrece la vida actual, repleta de caracteres sin voluntad, ávidos del último placer, amigos de las evasiones, de un propio ignorarse, cerrando los inti-

mos póstigos de unas ventanas por donde podría penetrar el sol y el aire. «Bonjour tristesse» es un grito de alerta, la visión de la vaciedad a la que nos conduce el ritmo actual, que ha ro-bado incluso a la juventud sus más bellos sueños, sus más bellos ideales. El libro es triste, como su título; tan triste como para sentir miedo, como para defendernos de ese gris pantanoso que nos amenaza, de ese vivir sin preceptos, sin leyes en aras de una libertad, cuyo uso y abuso nos deja perdidos, insaciados, y a la que se recurre, en último término, como a una droga de olvidos.

Uno cree, que el mensaje del libro es positivo. Sin palabras, ante el panorama de la vida que nos muestra, la autora parece decirnos: Pensad, velad, elevaros, para que nazca para nosotros una mejor amanecida, y no tengamos que saludar al nuevo día eternamente con un; «Bonjour tristesse» de notas graves y doloridas.

L. d'Andraitx

Electricidad - Lampisteria  
Calefacción - Saneamiento  
MUCHOS LE DIRAN QUE  
PUEDEN HACER UNA  
INSTALACION, PERO VD.  
DEBE ASEGURARSE QUE  
SE PAN HACERLA  
Exija referencia y garantías  
**JUAN PUIG**  
Verdaguer, 13 - Teléfono 161  
**RADIOS**  
DE LAS MEJORES MARCAS  
Reparaciones de Radio por personal técnico  
**DISCOS**  
con las ULTIMAS NOVEDADES

**GARAJE CENTRAL**

PASTELERIA

*La Vienesa*

Aguas carbónicas

*La Mascota*



## Entrada... ¿Qué?

Sr. Director de ANCORA:

Como que el semanario que Vd. dirige es un probado paladín de la decencia ciudadana, voy a exponerle un hecho que, a mi entender, no entra en las prácticas que exigen aquella virtud.

Días atrás ví un programa anunciando una velada en un establecimiento de nuestra ciudad. Al pie del mismo, y como final para atraer asistentes a la misma, podía leerse: «Entrada libre».

Fuí allí dispuesto a pasar un rato de solaz, convencido que pagando el importe de mi consumición (y un poquito más) satisfaría los deseos del dueño del negocio. Pero comprobé que andaba muy equivocado en mis cálculos. Aquel «poquito más» se convirtió en un «muchísimo más». Concretamente: se me cobró el triple de lo que se cobra ordinariamente por lo que tomé.

Y a eso no hay derecho, señor. Dejarle entrar libremente a uno en un local para que una vez dentro le peguen un estacazo, no. Lo menos que se debe hacer es prevenir al cliente para que tome las debidas precauciones y no le dejen desnucado.

Por ejemplo; cuando entramos en una peluquería lo hacemos también libremente y una vez dentro pedimos libremente el servicio que deseamos, a una tarifa convenida. Nunca se atrevería el Figaro a cortarnos el pelo a rape sin nuestro permiso. No obstante, hay quien sin ser peluquero se porta parecidamente.

Y como que se acerca el verano, esto me hace pensar que si no hay prudencia en el esquilero nos vamos a quedar sin lana y sin ovejas.

Su affmo.

**P. ASMAO**

N. de la D. — En esta misma semana hemos recibido otra carta de «unos suscriptores» de Barcelona, que sentimos no poder publicar por no venir firmada.